

singularmente la influencia que Diderot haya ejercido sobre la Mettrie. Nosotros hemos demostrado que en principio *El Hombre-máquina* estaba ya contenido en la *Historia natural* (1745).

30.—Aquí vemos aún á la Mettrie estudiar con celo la publicación más reciente relativa á ciencias naturales, utilizándola para sus propias teorías. Los escritos más importantes de Trembley sobre los pólipos datan de los años 1744-1747.

31.—En cuanto á las obras mecánicas de Vaucauson y las aún más ingeniosas de Droz, padre é hijo, ver Helmholtz en *la transformación de las fuerzas de la Naturaleza*, conferencia del 7 de Febrero de 1854, donde la conexión de estos ensayos, que nos parecen juegos de niño, con el desenvolvimiento de la mecánica y las esperanzas que esta ciencia había hecho concebir, están expuestas con gran lucimiento. Vaucauson puede, hasta cierto punto, ser considerado como el precursor de la Mettrie por la idea del *Hombre-máquina*. Los autómatas más admirables de ambos Droz, el niño escribiendo y la niña tocando el piano, no eran aún conocidos de la Mettrie. El tocador de flauta de Vaucauson fué expuesto por primera vez en París en 1738.

32.—En la crítica del *Hombre-máquina*, se dice: «Solamente observaremos que este escrito acaba de aparecer en Londres, en casa de Owen, en la Cabeza de Homero, bajo el título de *Man a machine* translated of the French of the marquis d'Argens, y que el autor pasablemente copió la *Historia del alma*, publicada en 1745, conteniendo á la vez una apología del materialismo.» Como vemos, los plagios de la Mettrie pueden muy bien por él mismo haber contribuído á atribuirle el vestirse con plumas ajenas. El original francés contenía (en la edición de Berlín, 1774) un prefacio del editor Elías Luzak (redactado probablemente por la Mettrie, que más tarde, bajo el mismo nombre, hizo aparecer una refutación, *El hombre más que máquina*) donde se decía que un desconocido le había enviado el manuscrito desde Berlín rogándole le enviase seis ejemplares de la obra al marqués d'Argens, pero que él estaba persuadido de que esta dirección era también una mixtificación.

33.—Solamente cuando se separan ciertos pasajes de la Mettrie del medio á que pertenecen, puede hallarse la apariencia de un elogio del vicio; por el contrario, en Maudeville el vicio está justificado precisamente por el encadenamiento lógico de las ideas,

por el pensamiento principal de una concepción del mundo enunciada en algunas líneas, y muy extendido hoy día, sin que de ello se haga ostentación. Lo que la Mettrie dijo de esto más enérgicamente, está en el pasaje de *Discurso sobre la felicidad*, págs. 176 y siguientes, y puede resumirse así: «Si la naturaleza te ha hecho cerdo, revuélcate en el fango como los cerdos puesto que eres incapaz de gozar de una dicha más elevada, y en todo caso tus remordimientos sólo harán disminuir la sola dicha de que seas capaz sin hacer bien á nadie.» Pero la hipótesis precisamente quiere que se sea un cerdo con forma humana, lo que no puede ser calificado de una idea halagüeña. Que se compare con éste el siguiente pasaje, citado por Hettner, y tomado de la fábula de la abeja: «Sólo los locos pueden alabarse de gozar de los encantos de la tierra, de convertirse en célebres guerreros, de vivir en medio de las dulzuras de la existencia conservándose virtuosos. Renunciad á estos sueños vacíos de sentido. Es necesario audacia, libertinaje y vanidad para que podamos coger frutos sabrosos... El vicio es tan necesario para la prosperidad de un Estado como el hambre para la vida del hombre.» Recuerdo haber leído en un periódico, que dejó de publicarse, un trabajo cuyo fin era rehabilitar á Mandeville, refiriéndose á este pasaje de mi *Historia del materialismo*. Este trabajo, dado el sumario de la fábula de las abejas, quiere probar que no contiene nada que obligue á gritar tantó, lo que nunca hemos afirmado; creemos, por el contrario, que la teoría de la escuela extrema de Manchester y la moral práctica de su fundador y otros círculos respetables de la sociedad actual, no sólo están de acuerdo con la fábula de las abejas de Mandeville, sino que derivan de la misma fuente histórica y lógicamente. Si se quiere hacer de Mandeville el representante de un gran pensamiento histórico, y considerarlo por sí mismo ajeno al gusto del vicio, nada tenemos que objetar á esta manera de ver. Sólo sostenemos una cosa: Mandeville ha recomendado el vicio, la Mettrie, no.

34.—«Siendo iguales; ¿no es verdad que el sabio con más luces será más dichoso que el ignorante?» págs. 112 y 113, ed. Amsterdam, 1774.

35.—Hacia el fin de la disertación, pág. 188, ed. Amsterdam 1774, la Mettrie afirma no haber tomado nada ni de Hobbes ni de Shaftesbury. Dice: todo está en la naturaleza; pero es claro

que admitiendo su buena fe, no se puede eliminar la influencia de sus predecesores sobre el origen de su teoría.

36.—Esta carta (en la que se encuentra también el precitado juicio desfavorable á la Mattrie considerado como escritor: «Era alegre, buen hombre, buen médico y muy mal autor; pero no leyendo sus libros, se encuentra el medio de estar contento»), lleva la fecha del 21 de Noviembre de 1751.

37.—La definición al principio del capítulo II, está así concebida: «El movimiento es un esfuerzo por el cual un cuerpo cambia ó tiende á cambiar de lugar.» En esta definición se presupone ya la identidad del movimiento con el *nisus* ó *conatus* de los teóricos de entonces que d'Holbach trata de demostrar en el curso del capítulo, lo que condujo á establecer una idea superior («*effort*», «*Austrengung*» en la traducción alemana, Leipzig, 1841); este esfuerzo implica en el fondo la idea del movimiento y además hay cierto color antropomórfico de que está exenta la idea más simple de movimiento.

38.—En este pasaje el autor cita *La carta á Serena*, de Toland; sin embargo, no adopta en todo su rigor la teoría de Toland sobre el movimiento.

Esto demuestra que el «reposo» no solamente debe ser comprendido siempre en un sentido relativo, sino también en el fondo como un caso especial del movimiento, atendido que es necesaria exactamente tanta actividad como pasividad para que un cuerpo, en conflicto con las fuerzas, guarde algún tiempo su posición ó la cambie. Holbach no se acerca á este punto sino por un rodeo y no coge con precisión el punto decisivo, sea por no comprender la teoría de Toland en toda su fuerza, sea que mire como más popular su manera personal de tratar este asunto.

39.—*Ensayo sobre la pintura*. I: «Si las causas y los efectos nos ueran evidentes, nada tendríamos que hacer mejor que representar los seres tales como son. Cuanto más la imitación sea perfecta y análoga á las causas, mas satisfechos estaremos». Obras comp. de Denis Diderot IV, part. I., París, 1818, pág. 479. Rosenkranz, que vuelve con tanta energía al idealismo de Diderot, sin duda no ha profundizado este importante pasaje al hablar de la marcha de las ideas en el *Ensayo sobre la pintura*. Sólo nos resta admitir simplemente una contradicción de Diderot consigo mismo ó volver á la teoría de la «línea verdadera», siguiendo la moda adop-

tada en el texto, con la superioridad afirmada por Diderot da la verdad natural sobre la belleza.

40.—*Sistema de la naturaleza* (I, cap. X, págs. 158 y siguientes, ed. 1780). Además observaremos formalmente aquí, á propósito del elogio desmesurado que recientemente se ha hecho del mérito de Berkeley, que su sistema no es «irrefutable» en cuanto se limita simplemente á la negación de un mundo corporal diferente de nuestras representaciones. Terminar en seguida en una substancia espiritual, incorpóral y activa, como causa de nuestras ideas, es abrir la puerta á los absurdos más evidentes que puede producir cualquier sistema metafísico.

41.—Zeller. *Gesch. d. deutschen Phil.*, Munich, 1873, discute, pág. 99 y siguientes, la influencia de la atomística sobre Leibnitz, y añade en seguida: «Vuelve de los átomos á las formas substanciales de Aristoteles para hacer ver en unas y otras sus mónadas»; y *ibid.*, pág. 107: «Así, en lugar de los átomos materiales, vienen individualidades intelectuales y, en lugar de los puntos físicos, puntos metafísicos.» Leibnitz llama también á sus mónadas «átomos formales.» Ver Kuno Fischter, *Gesch. d. n. Phil.*, 2.^a ed., II, pág. 319 y siguientes.

42.—Siguiendo la opinión general, la teología de Leibnitz era irreconciliable con los principios filosóficos de su sistema; opinión no sólo del solitario Erdmann; Kuno Fischter lo comprueba, al declarar que esta opinión está muy extendida, y la combate enérgicamente. Para demostrar lo contrario, se apoya en la necesidad de una *mónada suprema*, que llama «absoluta» ó «Dios». Puede concederse que el sistema presupone una mónada suprema, pero no que ésta, si es que se la imagina según los principios de la teoría de las mónadas, puede tomar el puesto de un dios que conserva y gobierna el mundo. Las mónadas se desenvuelven, según las fuerzas que hay en ellas, con una rigurosa necesidad. Ninguna puede, ni en el sentido de la casualidad ordinaria ni en el sentido de la «armonía preestablecida», ser causa productriz de las otras. La armonía preestablecida no produce las mónadas, sino que *determina sólo el estado* de una manera absolutamente semejante al que, en el sistema del materialismo, hace determinar por las leyes generales del movimiento el estado de los átomos en el espacio. Como se ve, esto es una simple consecuencia lógica del determinismo de Leibnitz que interrumpe aquí la serie de las cau-

sas, en lugar de establecer una «base suficiente» á las mónadas y á la armonía preestablecida, cuya base no tendría otro objeto que ser suficiente á sí misma. Por lo menos, Newton daba á su dios algo que hacer; pero una base que no tiene otro fin que serlo del último fundamento del mundo, es tan inútil como la tortuga que sostiene la tierra; por eso se pregunta en seguida cuál es, entonces, la base suficiente de este dios. Kuno Fischer trata de sustraerse á esta consecuencia inevitable haciendo derivar el estado de las mónadas, no de la armonía preestablecida, sino ésta de aquellas: «Proviene necesariamente de las mónadas, porque se encuentra en ellas primitivamente.» Esto no es más que una simple intervención de la tesis: la armonía preestablecida es el orden determinado anterior al estado de las mónadas. No se deduce de ninguna manera la necesidad de que todas las otras mónadas salgan de la más perfecta. Esta, dicen, es la causa explicativa del estado de las otras (pensamiento que no es incontestable); pero esta circunstancia no hace de la mónada más perfecta el fundamento real, y, aun cuando lo fuera, resultaría sin duda en cierto sentido un dios supra-cósmico, pero éste no sería aún un dios que pudiera adaptarse á las necesidades religiosas del deísta. Zeller ha hecho una observación muy juiciosa: «No sería muy difícil demostrar en oposición del determinismo de Leibnitz, como de todo otro determinismo teológico, que desenvuelto de una manera lógica llevaría más allá del punto de vista deísta de su autor y nos obligaría á reconocer un Dios, no sólo Creador, sino también *substancia* de todos los seres mortales.» Esta demostración, que no es muy difícil, entra tanto más en la crítica inevitable del sistema de Leibnitz cuanto que, un genio como el suyo, debió él mismo hacer tal descubrimiento después de Descartes, Hobbes y Espinosa. El solo punto que parece ligar á Dios al Universo es la teoría de elegir el mejor mundo entre un infinito número de mundos posibles. Aquí podemos volver al tratado de Baumann, que profundiza todas las fuentes importantes. Está demostrado que las esencias eternas de las cosas, en las que Dios nada puede cambiar, pueden también ser miradas como fuerzas eternas, en cuya lucha se obtiene ese *mínimum* que Leibnitz hace realizar por la elección necesaria de Dios. Las consecuencias lógicas de su concepción del mundo, basadas sobre las matemáticas, conducen á la eterna predestinación de todas las cosas «por un hecho simple»; «todo se resume en un

hecho simple; ligar las cosas á Dios es llegar á una vana sombra».

43.—De la inutilidad de la idea de Dios en la metafísica de Leibnitz, no se deduce todavía que subjetivamente éste pudiera servirse de dicha idea, y la naturaleza de la cuestión impide aportar aquí un argumento irresistible. No es fácil siempre distinguir entre la necesidad religiosa que Leibnitz sentía, según Zeller, y su deseo de vivir en paz con el sentimiento religioso de su alrededor. En este punto nunca pondremos en absoluto á Leibnitz en el mismo rango que á Descartes. Este sólo denota un prudente cálculo, mientras que aquél no sólo observa la simpática adhesión de un alma impresionable, sino que puede encontrarse en el filósofo alemán cierto tinte de misticismo que falta por completo en Descartes. En esto no hay ni una contradicción psicológica con el claro é inflexible determinismo de su sistema, ni un argumento en favor de la sinceridad de sus hábiles giros teológicos. La cita de Lichtenberg, mencionada en el texto, está tomada del primer volumen de sus *Vermischte Schriften* en el artículo *Observaciones sobre el hombre*. He aquí el pasaje completo: «Leibnitz ha defendido la religión cristiana. Deducir directamente de esto, como lo hacen los teólogos, que él era buen cristiano, denota un mediano conocimiento de los hombres. La vanidad de hablar un poco mejor que los del oficio es, en un hombre como Leibnitz, que tenía poca solidez, un móvil que le impulsó más que la religión. Sondemos algo más nuestro fuero interno y veremos cuán difícil es afirmar nada de los demás. Me alabo de probar que muchas veces se figura uno creer una cosa que en realidad no cree. Nada es más difícil de profundizar que el sistema de los móviles de nuestras acciones.»

44.—Un retrato característico de Leibnitz, con consideraciones especiales sobre las influencias que determinaron su teología, le ha hecho Biedermann, quien tiene razón al declarar insuficiente la célebre apología de Lessing, defendiendo el punto de vista adoptado por Leibnitz. Lessing habla de las doctrinas esotérica y exotérica en un tono que nos parece también algún tanto exotérico.

45.—Bois-Reymond dice muy juiciosamente: «Se sabe que la teoría de las máximas y de las mínimas funciones, por el descubrimiento de las tangentes, le debe un progreso notable. Pues se figu-

ra á Dios en el momento de la creación como un matemático que resuelve un problema mínimo, ó, aún mejor, siguiendo la expresión actual, un problema de cálculo de las variaciones: el problema consistía en determinar en un infinito número de mundos posibles que aparecían todavía increados, lo que representa la suma mínima de males necesarios.» En esto Dios debe contar con factores *dados* (las posibilidades ó las *esencias*), como lo ha hecho observar muy bien Baumann. Entendiendo que la inteligencia perfecta de Dios sigue imperturbablemente las mismas reglas que nuestra inteligencia reconoce para lo más exacto, es decir, que la actividad de Dios hace precisamente que todo se opere conforme á las leyes de las matemáticas y de la mecánica.

46.—En nuestra primera edición, equivocadamente se llamaron á Baier y Thomasius «médicos de la universidad de Nuremberg». Jenkin Thomasius era un médico inglés que vivía entonces en Alemania y que probablemente estaba en relaciones con la universidad de Altdorf; por lo menos, el profesor Baier termina su prefacio con estas palabras: «recomiendo expresamente, á todos los amigos de las ciencias, el trabajo y los estudios favorablemente apreciados por nuestra academia». Luego el Baier que escribía este prefacio no era el médico Juan Jacobo Baier que vivía entonces en Nuremberg, sino el teólogo Juan-Guillermo Baier. Un pequeño extracto del opúsculo de Kohlasius que publicó en 1713 la imprenta de la Universidad, se halla en Scheitlm, *Thierseelenkunde*, Stuttg y Ttub., 1840 (I, págs. 184 y siguientes).

47.—No he podido hallar más noticias acerca de esta sociedad en los trabajos preparatorios de mi primera edición. Recomendando como obra justificativa la *Biblioteca psicológica de Graesse* Leipzig, 1845, donde, bajo el nombre de Winkler, existen los títulos de las disertaciones de que se trata. Una de ellas, publicada en 1743, trata la cuestión: «¿Las almas de las bestias mueren con sus cuerpos?» En Hennings el título de esta colección de disertaciones está indicado de una manera algo más completa que en Grasse, y expuestas en seis disertaciones diferentes por algunos amantes de la filosofía con un prefacio sobre la organización de la sociedad de estas personas, publicado por Juan Enrique Winkler, profesor de lenguas griega y latina en Leiptzig (1745).

48.—Se encontrarán otros detalles sobre la obra que se menciona aquí de Krutzen por Jürgen Bona Meyer. Meyer se propuso

buscar dónde había hallado Kant su teoría de la *psicología racional* que sirve de base á la refutación sostenida en la *Kritik d. r. Veru.* El resultado es que, según todas las probabilidades, tres obras juegan aquí el principal papel: Krutzen, *Philos. Abbandt. von der immater. Natur der Seele*, etc., en la cual se prueba que la materia no puede pensar, que el alma es incorporeal y donde se refutan claramente las principales objeciones de los materialistas (1774); Reimarus, *Vornehmste Wahrheiten der naturel Religion* (1744) y Mendelson, *Phredon* (1767). Krutzen deduce la naturaleza del alma de la unidad de la conciencia del yo; este es preciso el punto contra el cual Kant dirigió más tarde todo el rigor de su crítica.

49.—Inútil es recordar aquí que la teoría de Leibnitz relativa al mundo real como siendo el mejor, si es bien comprendida, no excluye ninguna especie de desenvolvimiento y de principio.

50.—Ver Justi, *Winkelmam* (I, pág. 25; *ibid.*, págs. 23 y siguientes); se encuentran interesantes detalles sobre el estado de las escuelas hacia fines del siglo xvii. Solamente haremos observar que el profesor de Winkelmam, Tappert, aunque conociendo poco la lengua griega, evidentemente era del número de los innovadores que, introduciendo por una parte nuevas ramas de enseñanza, tenían en cuenta las necesidades de la vida y ponían fin al exclusivo dominio de la lengua latina, pero por otro lado daban al estudio del latín una dirección humanista en lugar del método rutinario del siglo xvii. Esto no fué efecto de la casualidad; si al principio del siglo xviii se vuelve en muchos puntos á las tradiciones de Sturme en los gimnasios y, por consecuencia, se redobra el ardor por imitar á Cicerón, no es por respeto tradicional al latín, sino gracias a gusto que acababa de renacer por la belleza y elegancia del estilo. Como ejemplo notable de reforma escolar en este sentido, nos contentaremos con recordar la actividad del inspector de Nuremberg, Fenerlein; solamente lamentamos que el autor no haya puesto bastante de relieve los esfuerzos de Fenerlein por la mejora de la enseñanza de las lenguas latina y griega tanto como por el alemán y de las ciencias positivas. Fenerlein fué impulsado principalmente por Morleof, bien conocido como erudito, y por el sabio rector de Ansbach, Röhler, de cuya escuela salió Juan Matías Gesner que completó la victoria de la nueva reforma publicando sus *Institutions rei scholasticae* (1715) y su *Fritschiche Chrestomathie* (1731). Ver

Sanppe *Weinmarische Schutreden VII, Joann Matthias Gesner* (Weimar 1856.)

51.—Uz, á quien sus contemporáneos admiraron más tarde como el Horacio alemán, hizo, pues, estudios en el gimnasio de Ansbach, de donde salió J. M. Gesner. Gleim fué de Wernigerode, donde, á la verdad, estaban muy atrasados en griego, pero donde hacían con ardor versos latinos y alemanes. En Halle, donde la juventud formó la Sociedad Anacreóntica, empezaron á leer á Anacreonte en griego. Los dos Hagedorn, el uno poeta y el otro crítico de arte, vinieron de Hamburgo, donde el célebre erudito Juan Alb. Fabricius escribía buenos libros y «malos versos», según dice Gervienes.

ÍNDICE

	Páginas.
ADVERTENCIA DE MR. POMMEROL.....	1
INTRODUCCIÓN DE MR. NOLEN.....	3
PRÓLOGO DEL AUTOR.....	31

PRIMERA PARTE

El materialismo en la antigüedad.

CAPÍTULO PRIMERO

PERÍODO DEL ANTIGUO ATOMISMO, PARTICULARMENTE DEMÓCRITO

El materialismo se encuentra en los más antiguos ensayos de la concepción filosófica del mundo.—Conflicto entre la filosofía y la religión.—Prueba de este conflicto en la antigua Grecia.—Origen de la filosofía.—Influencia de las matemáticas y del estudio de la Naturaleza.—Relaciones con el Oriente.—Comercio.—Predominio de la deducción.—Sistematización del materialismo por el atomismo.—Demócrito: su vida y su personalidad; su doctrina.—Eternidad de la materia.—Necesidad.—Los átomos y el vacío.—Cosmogonía.—Propiedades de las cosas y de los átomos.—El alma.—Ética.—Empédocles y el origen de la idea de finalidad.....

33

CAPÍTULO II

EL SENSUALISMO DE LOS SOFISTAS Y EL MATERIALISMO MORAL DE ARISTIPO

Sensualismo y materialismo.— Los sofistas, [particularmente Protágoras.—Aristipo.—Relación entre el materialismo teórico y el materialismo práctico.—Disolución de la civilización helénica bajo la influencia del materialismo y del sensualismo.....

62